

Cuestiones revisadas en la restauración del Monasterio de Rueda

Javier Ibargüen Soler, arquitecto. ALPRM

Las recientes obras de restauración del Monasterio cisterciense de N^o S^a de Rueda de Ebro, situado junto al río que le da nombre en el término de Sástago (Zaragoza), han venido realizándose desde la redacción del Plan Director en el año 1990, encontrándose actualmente con sus principales construcciones rehabilitadas, especialmente en sus edificios medievales, aunque actualmente continúa con otros aspectos pendientes: noviciado, hospedería, nevera, norial, almazara, abejar, cerramientos, etc.

En el largo periodo de 165 años desde su abandono por los monjes tras la Desamortización, fueron muy escasas las intervenciones realizadas, pero entre las más destacables, ha sido preciso revisar los conceptos con los que se llevaron a cabo, realizando las adaptaciones o demoliciones necesarias para, en algunos casos, adaptarse a los criterios generales seguidos en la restauración del monasterio, y en otros, para subsanar errores de mayor calado.

Comenzando por la actuación más antigua, de la que no consta documentación ni autoría, me referiré en primer lugar a la problemática presentada en el dormitorio de los monjes, gran sala rectangular, situada como es preceptivo en los monasterios cistercienses, sobre el ala capitular del claustro, con dos accesos desde la planta inferior, uno directo desde la iglesia en un extremo, y otro en la zona central recayente al corredor del claustro.

Dentro del conjunto de reformas y ampliaciones del cenobio en el siglo XVII, cuando se construyó la nueva gran nave de dormitorios y noviciado, el dormitorio medieval sufrió una transformación al estilo barroco, suprimiendo la característica cubierta de arcos diafragma y techumbre de madera, también habitual en los dormitorios cistercienses, y formando una bóveda tabicada, apoyada en ménsulas molduradas. Esta bóveda y su cubierta se encontraban a comienzos del siglo XX parcialmente hundidas, hasta que a mitad de siglo se efectuó una reforma en la que se suprimieron los restos de la bóveda, reconstruyendo con ladrillo los antiguos arcos y su techumbre, pero sin rellenar hasta los muros la necesaria sobrecarga de los arcos diafragma. Ello debió producir de inmediato los lógicos empujes en los muros que se reflejaron en todas las estancias de la planta inferior, mediante importantes grietas en las zonas de contacto de bóvedas y arcos con los paramentos verticales. Como consecuencia de ello y con el fin de intentar contrarrestar estos empujes, se colocaron unos enormes contrafuertes de ladrillo exteriores, que apenas debieron servir para el fin al que fueron destinados.

Éste era el estado de la cuestión en el que había que tomar las decisiones para la restauración del dormitorio, a la vez que resolver el problema estructural creado. Para ello se adoptó el criterio general aplicado en el resto de dependencias del monasterio, basado en la recuperación de los elementos imprescindibles para su conservación y entendimiento estilístico, sin reposiciones con materiales que crearan confusión sobre su origen temporal.

En primer lugar, una vez desmontada la cubierta, se cargaron los arcos de ladrillo macizo existentes, similares en forma a los originales, con una estructura de hormigón armado anclada a los

arcos y zunchos de apoyo de cubierta. Con ello se redujo el empuje de los arcos a las cantidades que son capaces de soportar los propios muros debido a su espesor, y pudieron suprimirse los contrafuertes. Como complemento a esta operación, se colocaron atirantamientos ocultos entre los muros sobre las bóvedas de las estancias inferiores. Interiormente se recubrieron los arcos con malla y revoco, recuperando con ello la configuración original de la estancia, pero diferenciando mediante el revoco los nuevos materiales.

No se observaban restos de la escalera de comunicación del dormitorio con el claustro, si bien la uniformidad de las características arquitectónicas de los monasterios cistercienses hacían prever su existencia. Una vez efectuadas las correspondientes catas pudo comprobarse su recorrido exacto, así como la conservación de parte de sus gradas intactas bajo el relleno de cal y canto. La característica singular del Monasterio de Rueda de disponer de la totalidad de las dependencias de la traza tipo cisterciense, le dota de un carácter didáctico, que hacía aconsejable la reconstrucción del tramo inferior de la escalera.

Pero las obras de mayor entidad realizadas en el monasterio antes de la reciente restauración fueron las dirigidas por Fernando Chueca Goitia en la década de los 70, cuyo objeto fundamental fue la iglesia, aunque luego se extendieron hacia el claustro. La Iglesia de Rueda, con una orientación este-oeste, perfectamente canónica, cierra todo el lado norte del conjunto monástico medieval. La planta es de tres naves, la central más ancha y ligeramente más alta que las laterales. Consta de cinco tramos, carece de crucero y las capillas que sirven de cabecera a las naves tienen testero recto. Se encuadra tipológicamente dentro con los modelos de mayor sencillez arquitectónica dentro del Cister, con sus testeros rectos, frente a las abadías de Veruela y Piedra a las que parece haber llegado el modelo reformado de Clairvaux, con girola, frente al mayor purismo constructivo que representa el Monasterio de Rueda.

La iluminación de la cabecera se realiza a través de sus ventanales de medio punto, que fueron cegados para la colocación del magnífico retablo de alabastro realizado por el maestro Esteban y por Domingo Borunda, durante la primera década del siglo XVII, ubicado, desde mediados del siglo XIX en la vecina iglesia parroquial de Escatrón, el cual disponía de dos puertas laterales de acceso a una sacristía, hoy desaparecida, construida tras la cabecera en la misma época.

El cierre de los vanos combinaba el sistema de alabastros traslúcidos y celosías de yeso, mudéjares unas y góticas otras, con motivos que abarcan desde el siglo XIV al XV.

Todos los tramos de la iglesia se cubren con crucería sencilla. El grueso del sistema estructural está realizado en sillería, mientras que la mayoría de las plementerías se realizaron en ladrillo. Este proceso se detecta a continuación de la cabecera, generalizándose incluso en los remates de los muros laterales.

Esta utilización de los remates de ladrillo puede explicarse por la avanzada fecha de la terminación del conjunto de la iglesia, que recibiría así una regularización unitaria de la culminación de todos los muros. A este respecto, hay que tener en cuenta que las distintas fábricas estaban recubiertas por una capa de cal, sobre la que se dibujaba el despiece de sillería ficticio, por lo que la composición interna no alteraba la imagen del conjunto.

Sólo se han conservado capillas en el lado del Evangelio, el único donde se podían alojar, ya que al lado de la Epístola se encuentra el Claustro. También tenemos documentada la presencia de diversos altares distribuidos por el resto de la iglesia, así como la ubicación del coro en la nave central, en dos zonas diferenciadas para monjes y conversos.

La decoración más antigua del interior de la iglesia es de una gran sobriedad, fundamentalmente de tipo geométrico y vegetal esquemático, muy acorde con el primer arte cisterciense.

Frente al carácter de esta primera decoración tenemos el de los elementos decorativos posteriores, tanto la decoración en yeso, de tradición gótica y mudéjar, como las tracerías relacionables con el grupo del gótico levantino de fines del siglo XIV y principios del XV.

Siguiendo el Lumen Domus del monasterio, la actual iglesia se comenzaría hacia 1225, siendo su arquitecto fr. Gil Rubio. En 1238 era consagrada, lo que en modo alguno quiere decir que se hubiera terminado por completo, ya que la consagración afecta al altar y al conjunto de la cabecera. En consecuencia, en esta primera fase se completará la zona de la cabecera y se iniciará el diseño del conjunto del edificio.

El proceso de obras debió terminar ya entrado el siglo XV, así el propio Lumen señala que en el año 1412 se asignaron rentas para la terminación de la iglesia, obra en que debió colaborar la casa de Híjar, a juzgar por las armas que se pueden ver en el penúltimo tramo de la iglesia.

El aspecto que presentaba la iglesia en el año 1970 era de arruinamiento total de las cubiertas y de la práctica totalidad de la plementería de las bóvedas, conservando en situación límite las nervaduras de las bóvedas de crucería.

Una vez desescombrado el interior y recalzada su estructura, a la vez que lamentablemente se suprimía el interesante coro de yeserías, se reconstruyeron las bóvedas de ladrillo, realizando finalmente en todas ellas un encamisado de hormigón. Para la formación de la nueva cubierta de estructura de hormigón prefabricado, se recrecieron los muros externos de las naves laterales con fábrica de aparejo toledano conformando galerías de arquillos, obteniendo una cubierta única a dos aguas pero ocultando los magníficos ventanales góticos y de celosías mudéjares por el exterior, e impidiendo la entrada de luz al interior de la nave central.

La iglesia quedó consolidada estructuralmente, pero sin acabados interiores. Como pavimento quedó la solera de hormigón y en las bóvedas el jaharrado de mortero de cemento.

A la hora de acometer la nueva restauración, también aquí se trató de acomodar las obras ya realizadas, aprovechando los aspectos que no suponían un cambio de concepto importante en la comprensión del monumento. Una premisa fundamental era devolver a la iglesia la cubierta escalonada y la iluminación original.

El planteamiento fue el de desmontar toda la estructura, cubierta y recrecidos de los muros en las naves laterales, conservando la cubierta en la nave central, con cuya estructura no eran solidarias. Ello exigía la necesidad de resolver no pocos problemas, como la restauración de los dañados cornisamientos de la nave central, o la dificultad de salvar la pendiente de las cubiertas en las naves laterales debido al engrosamiento de las bóvedas, de modo que el nuevo plano recayera en la divisoria decorativa de los ventanales mudéjares.

Interiormente, junto con las habituales operaciones de tratamiento de la piedra en los paramentos, y otros muchos aspectos que no procede detallar aquí, se colocó un revoco sobre las superficies de cemento o ladrillo, que si bien no devolvía su aspecto original, lograba la suficiente autenticidad sobre el espacio arquitectónico y explicaba los sucesos acaecidos.

Se repuso el pavimento de losa de piedra, no sin antes aislar la solera de hormigón, de los muros perimetrales de piedra, para aminorar las humedades ascensionales.

Las actuaciones de las obras de la iglesia tuvieron su prolongación en el claustro anexo. El claustro del Monasterio de Rueda, como la mayoría de estas estructuras medievales, tuvo un sobreclaustro añadido en la época de las principales reformas de los siglos XVI y XVII, en cuyo momento también se cerraron las tracerías de la planta baja, en este caso sin dañar los capiteles, ménsulas y pilas-tras, ya que se combinó el alabastro en las zonas superiores, con el tabicado de losas de piedra hasta el arranque de los arcos. Ya en la primera mitad del siglo XX se suprimió el arruinado sobreclaustro,

conservando exclusivamente su fachada recayente a la Plaza de San Pedro, y se abrieron nuevamente las arquerías del claustro primitivo.

Fernando Chueca se encontró este espacio invadido de vegetación, por lo que optó por la solución de colocar una solera de hormigón que cubriera toda la superficie, posiblemente con la intención de que en el futuro se cubriera de un pavimento de piedra, e instalando tuberías de drenaje que evacuaran al pozo y aljibes existentes en el centro del claustro. Este mismo planteamiento ejecutó en los corredores interiores, quedando entonces como único lugar para la evaporación del subsuelo la ascensión capilar por la piedra arenisca de la zona, con la que está construida la fábrica medieval.

Obviamente esta solución, como hoy está más que constatado, no sólo produce el deterioro de la piedra por su mayor humedad, sino que el propio contacto con el hormigón fomenta la formación de sales en su superficie, por la misma razón que los morteros de cemento en los rejuntados de las fábricas de piedra perjudican la conservación de la misma, al margen del factor estético negativo respecto de los tradicionales morteros de cal.

Consecuentemente, una de las primeras actuaciones en la restauración del monasterio fue suprimir la solera de hormigón del claustro en toda la superficie de su zona central exterior, y en una franja de un metro junto a los muros de los corredores interiores. Para conformar el nuevo jardín, se realizó previamente la excavación arqueológica, que no aportó datos sobre su configuración ni sobre sus especies vegetales, incluso después de encargar un estudio palinológico del subsuelo, lo cual era de prever después del amplio movimiento de tierras efectuado en las obras anteriores. Sin embargo sí que se descubrieron canalizaciones bajo la fábrica del lavatorio o pabellón de la fuente, que demostraban que antes de la instalación de las infraestructuras hidráulicas del monasterio, que comienzan con el norial situado junto al río Ebro, el acueducto gótico y la red de atarjeas de distribución en gran parte conservadas, había sido utilizado el aljibe central (estructura rectangular con bóveda de cañón y boca superior) como medio de abastecimiento de agua de modo provisional por los monjes. También aparecieron en la excavación la tubería de presión de abastecimiento del lavatorio, realizada con conducción de plomo asentada sobre losa de piedra cajeadada al efecto, y la cimentación de un muro que debió cerrar el claustro provisionalmente, hasta la ejecución del ala oeste, de construcción más tardía y por tanto de concepción gótica, a mediados del siglo XIV.

Las ajustadas dimensiones del claustro y la ocupación parcial por la estructura del aljibe, pozo y el pabellón de la fuente no permitían la clásica compartimentación cuatripartita, por lo que su organización se limitó a pavimentar las zonas transitables, y formar una plataforma de césped, dejando una amplia franja de grava perimetral, y colocando el mínimo arbolado de configuración vertical estilizada compuesto por un ciprés y dos palmeras *Chamaerops excelsa*. Es sabido que en los claustros monásticos se realizaban plantaciones de carácter medicinal, pero en tanto la gestión del monumento no lo permita, se consideró que en esta primera instancia, no procedía plantear otro criterio más complejo de mantener.

En los corredores interiores, una vez efectuada la demolición parcial de la solera, bastó la colocación de grava bajo las nuevas losas de piedra en las fajas perimetrales. Se efectuaron controles periódicos de medición de la humedad de ascensión capilar, comprobándose la eficacia del simple sistema de facilitar la evaporación, evitando así los agresivos procedimientos de barrera.

Finalmente, considero que no deberíamos enjuiciar las labores de los que nos han antecedido en las restauraciones que hoy día nos toca llevar a cabo, sino conocerlas en profundidad, analizarlas, y corregirlas en aquellos aspectos que los medios económicos y la tecnología actuales nos permiten.

Los recursos que en las últimas décadas se vienen destinando a la restauración de monumentos, especialmente desde las transferencias autonómicas, aun siendo insuficientes, resultan incomparables con las escasas actuaciones que en otros momentos nuestra sociedad se pudo permitir, como tampoco podemos comparar la calidad de las infraestructuras, o cualquier otra cuestión.

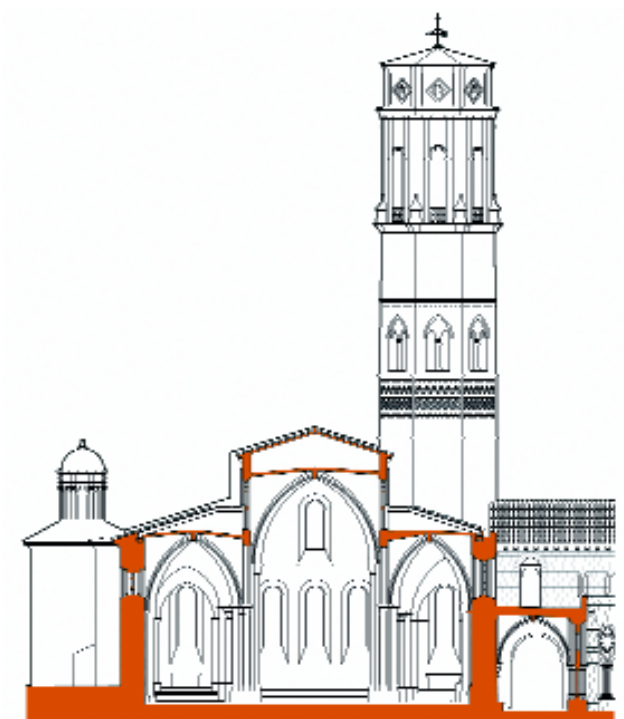
Evidentemente tampoco los criterios de intervención son los mismos, pero la evolución ha sido tan intensa en los últimos tiempos, que nos puede hacer olvidar que tan sólo hace treinta años se seguían derribando notables construcciones barrocas en aras de una pretendida pureza de los edificios medievales, sin que casi nadie se escandalizara por ello.

D. Fernando Chueca ha sido uno de los mejores conocedores de la historia de la arquitectura, y no desconocía en absoluto cómo debía ser cualquier elemento que la compusiera, pero perteneció a una escuela de restauradores en la que “unidad de estilo” era argumento suficiente para intervenir de una determinada manera, máxime si con ello se economizaba en el desarrollo de las obras, pues como en algún momento nos confesó en el propio Monasterio de Rueda: *a nosotros nos llamaban para apagar fuegos*.

Durante el largo periodo de las obras realizadas en los últimos años en un conjunto monumental tan amplio como Rueda, también se han hundido cubiertas, cornisas, y algún que otro fragmento de bóvedas, forjados, etc., pero la cercanía de los que hemos intervenido y la persistencia ante las instituciones que han posibilitado los presupuestos, con mayor o menor éxito, y sobre todo la existencia de la figura del Plan Director, que habitualmente ha sido incumplida en sus plazos, pero que su sola constancia ha servido para dar continuidad al proceso, han permitido recuperar con un concepto unitario las piezas fundamentales de uno de los monasterios cistercienses de mayor valor arquitectónico conservados.



Vista general del Monasterio de Rueda. Fuente: Dirección General de Turismo (Aragón)



Plano de sección de la iglesia cisterciense, después de la última restauración. Plano: Javier Ibargüen Soler



El dormitorio medieval después de la intervención. Foto: Javier Ibargüen Soler



El claustro en la actualidad. Foto: Javier Ibargüen Soler